

Crítica

REVISTA
SOCIOLOGICA

ORGANO DE LA "CASA DEL OBRERO MUNDIAL"

Registrado como artículo de 2a. clase el 26 de octubre de 1915

ETAPA I

México, 12 de diciembre de 1915

NUM. 8

EDUCAD A LA MUJER

Hemos observado que son muchos los escritores dedicados exclusivamente a tratar en sus escritos asuntos relativos a la mujer; pero también hemos visto, con profunda tristeza, que pocos, muy pocos son aquellos que se preocupan por procurarles una ilustración capaz de sacarla de su vida actual de esclavitud.

Si pasamos nuestra vista por las columnas de todos los periódicos, diarios o revistas, encontraremos sendos artículos dedicados a las damas, que sólo sirven para despertarles el deseo de lujo, el afán de ostentación. Verdaderas secciones doctrinales destinadas a las clases adineradas, en donde, con un criterio aburguesado, se les enseña la manera de presentarse en el «five o'clock tea», qué traje y qué modelo es el apropiado para tal o cual reunión y, muchas veces, las más, hasta las golosinas que en dichas reuniones deben servirse. Pero nada, ni por asomo siquiera, se lee que tienda a refrenar ese lujo, esa ostentación de que hacen alarde las mujeres de la aristocracia y que son causa de tantas lágrimas y de no pocas tragedias.

Peor para ellas, que de ese modo se les despierta la ambición; pero para las clases trabajadoras, para la mujer obrera, víctima de todas las miserias y blanco de todas las explotaciones, nada que la anime, nada que la instruya; algo necesario que la eleve al nivel moral que justamente le corresponde.

Explotada, vejada y envilecida por la burguesía, no dispone siquiera del tiempo necesario para condimentar sus alimentos de una manera capaz de nutrir su agotado organismo, ya que esto supliría, en una

corta proporción, a la exigua cantidad; menos tiempo se le deja para procurarse una ilustración que le indique el camino seguro para salvar los innumerables obstáculos con que a diario tropezamos en la vida.

Ella agota sus energías, su juventud y su belleza en provecho de los desalmados patronos; ella sacrifica su honra y, en no pocas ocasiones, olvida los más caros afectos de su alma por ser grata a los ojos de sus explotadores, sin que por esto consiga ser considerada, pues los eternos adoradores del «becerro de oro» no tienen más ideal que el dinero.

Así, hemos visto desfilar una interminable caravana de mujeres bellas, niñas aún, que, por no sé qué sarcasmos del destino, buscan refugio en las fábricas y en los talleres con la esperanza de trabajar honradamente para ganarse el sustento para sí o de este modo ayudar a sus ancianos padres, al sostenimiento del hogar y de la familia.

Llegan puras de conciencia y vírgenes de cuerpo al que debiera ser el templo sacrosanto del Trabajo; donde debiera desarrollarse la inteligencia, y — ¡oh, miseria humana!, — a semejanza de las flores en botón, se deshojan a impulsos del furioso vendaval que las azota.

Comienzan por despertar las iras de las que ya se han marchitado; después, despiertan el interés de los corrompidos patronos que, desde ese momento, como lobos hambrientos, las acechan, las asedian con sus requiebros nada decentes, se convierten en la inseparable sombra que por doquiera las sigue, preparando, por cuantos medios están a su alcance, el asalto de la codiciada presa. Pintanles un porvenir

risueño, les hacen proposiciones mil con objeto de conseguir su deseo. Avaros de por sí, se convierten en espléndidos cuando ven que no pueden satisfacer su ambición; emprenden una verdadera cruzada. Las halagan con regalos o con fingidas promesas de mejoramiento que están muy lejos de cumplir, porque su alma es insensible a todas las desgracias humanas, con el preconcebido fin de despertarles el instinto por el lujo, hasta infiltrarles en el alma su lascivia, haciéndolas creer en algo que ellos están muy lejos de sentir.

Agotadas, cansadas ya de tantas insinuaciones y promesas, que ellas han creído de buena fe, sitiadas, por decirlo así, dentro de un círculo de hierro que cada día va siendo más estrecho, se entregan rendidas en brazos de sus infames explotadores, ofrendándoles lo más sagrado de su alma, el tesoro más preciado: su honra....

Si desgraciadamente llegan al período de la maternidad, período en que la mujer necesita de los mayores cuidados, reciben, de esa canalla maldita, como pago al sacrificio hecho, el más grande de los desprecios; jamás vuelven a acordarse de su víctima, y para colmo de ludibrio es despedida del taller.

¡Así cumplen sus promesas los profanadores de honras, los insaciables exprimidores de la energía humana....!

Después... al vicio, a la prostitución, rodando de peldaño en peldaño, va la pobre víctima de las mayores infamias, hasta que, presa de sucia enfermedad, se ve alojada en pobre cama de hospital, donde termina la tragedia de su vida....

¡Humano coronamiento para las miserias que la agobian!

Redimid a la mujer obrera a fin de que desaparezcan estas anormalidades; educadla por medio de vuestros artículos, señores escritores, para que salga de la condición de perpetua esclava, y así habréis hecho obra humanitaria.

JOSÉ F. GUTIERREZ.